



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LOS HECHOS SAGRADOS, LAS OPINIONES LIBRES Y LA VERDAD INFORMATIVA

Gabriel GALDÓN LÓPEZ

A mediados del siglo XIX, fecha de nacimiento del periodismo moderno, el positivismo constituía la «cultura dominante» y era la cosmovisión que imperaba e impregnaba el tejido social. Siguiendo la síntesis explicativa de Choza, el positivismo se corresponde con la creencia según la cual la ecuación «científico = verdadero = objetivo = formalizado = racional», y su contraria «subjetivo = irracional = acientífico = incognoscible» categorizan plena y exhaustivamente la realidad y el conocimiento. Tales ecuaciones, por una reducción de lo científico a lo empíricamente verificable, llevaron a que se entendiera que todo aquello que dependía de la libertad humana comenzara a parecer como infundamentable, como incognoscible o como irracional¹.

En este contexto surgió una concepción del periodismo que, en gran parte, quedó recogida en el aforismo «los hechos son sagrados, las opiniones son libres», que ha dado lugar, en la práctica, a una división esquizofrénica de la realidad y su modo de tratamiento; a un objetivismo reduccionista; a la inflación y acumulación de hechos irrelevantes carentes de sentido; a una inflación de la opinión; a la identificación de opinión y hecho como contenido informativo; a que estos contenidos reciban un tratamiento homogéneo; a que se produzca una selección arbitraria de los hechos; a que el periodista sea un mero transmisor de lo que ve u oye y, por ende, un servidor —inconsciente, las más de las veces— de los intereses políticos, ideológicos y económicos dominantes; en definitiva, a la desinformación y desorientación del público.

Si bien es cierto que, tanto desde la perspectiva teórica como desde la propia praxis informativo-periodística, se han producido aportaciones y realizaciones que han pretendido poner remedio parcial a este estado de cosas², y que, en los últimos años, se han dado contribuciones teóricas que permi-

ten vislumbrar soluciones radicales y, por tanto, globales⁴, no es menos cierto que con una observación crítica de la práctica periodística habitual se descubre aún, en mayor o menor proporción, las deficiencias antes mencionadas⁵.

Parece claro que no es éste el lugar, por falta de espacio y tiempo, de analizar pormenorizadamente cada una de ellas. Es menester, sin embargo, dar razón de sus causas y consecuencias concretas a través de una síntesis explicativa clara. Y, también, bosquejar el conjunto de elementos que podrían configurar, a mi parecer, una nueva teoría y práctica periodísticas. El primer epígrafe puede titularse: «De la multitud de hechos mudos al reino de la opinión». El segundo: «El Periodismo, servicio y saber».

De la multitud de hechos mudos al reino de la opinión

En su magnífica obra *Nueva ciencia de la política* que en su primer capítulo contiene, a mi juicio, una de las críticas más agudas al positivismo, Voegelin afirma que «el empleo del método como criterio de la ciencia elimina la validez teórica. En consecuencia, cualquier proporción referente a un hecho alcanzará la categoría de ciencia, independientemente de su validez, siempre que se haya alcanzado usando con corrección el método. Y como el cómputo de los hechos es infinito, se hace posible una expansión prodigiosa de la ciencia en sentido sociológico (...) que conduce a esa fantástica acumulación de conocimientos intrascendentes...»⁵ *Mutatis mutandis*, así ha sucedido y sucede en gran medida y de modo bastante generalizado en el periodismo. Además, por un lado, esos hechos se suelen presentar de modo aislado, fragmentario, sin el análisis de sus causas y consecuencias en relación con los fines del hombre y los intereses concretos de los destinatarios. Por otro, se realiza un tratamiento homogéneo de realidades heterogéneas impuesto por el método único previamente diseñado. Amén de remitir a la numerosa bibliografía que muestra los diferentes aspectos negativos de ese proceder, convendría recordar con Chozza que «los hechos no son aquello por lo que todo lo demás se explica, sino, al contrario, aquello que requiere ser explicado. Hasta tal punto que el 'hecho' se pue-

de definir así: lo que en su comparecer no aporta la razón y el fundamento de su comparecencia»⁶.

Mucho más profundamente que esta acumulación de trivialidades sin sentido, ha dañado al periodismo otra manifestación del positivismo; a saber, el seguimiento de principios de interpretación y selección carentes de fundamentación teórica e inspirados tan sólo en prejuicios políticos e ideológicos, o en intereses personales de diverso tipo⁷.

La selección de las noticias no obedece a un pensar sobre la realidad, a un saber sobre el hombre, sus valores y sus fines, ya que el positivismo, al prescindir de las cuestiones últimas y supremas, al negar la posibilidad de conocer las realidades metafísicas, afirma al mismo tiempo que el hombre puede crear la realidad a su antojo. Como para ello hay que tener poder, quien lo tenga en mayor medida o lo maneje mejor, ese dominará la sociedad. La concepción de la información como un poder tiene su causa en el positivismo y su primera manifestación en la selección de las noticias conforme a los intereses ideológicos de los más poderosos⁸.

En la selección de las noticias según criterios de mero interés ideológico comienza, precisamente, el reino de la opinión. De este reino de la *doxa*, como producto de la modernidad y, en concreto —junto a otros factores— del positivismo, ha escrito recientemente Joseph Moreau, parangonándolo con la cultura sofista ateniense. Este movimiento produjo, según el filósofo francés, «un cambio fundamental, la orientación hacia un tipo de sociedad en la que lo que las gentes piensan y dicen empieza a tener más importancia que lo que de hecho sucede. Llevada al extremo, esta actitud conduce a la doctrina según la cual no hay hechos ni verdad, sino sólo ideologías, modelos conceptuales cuya elección es asunto personal, que depende quizás de necesidades y preferencias personales, o quizás de la influencia de grupos sociales, de colectividades particulares, pero que no podría verificarse de ninguna otra manera»⁹.

Ese dar mayor importancia a lo que las gentes dicen que a lo que realmente sucede se refleja, paradigmática y exhaustivamente, en los contenidos habituales de los medios informativos. Hay una manifiesta obsesión por recoger declaraciones y —salvo las honrosas excepciones de rigor— un escaso

o nulo interés por comprobar su veracidad y/o sus consecuencias. Paradójicamente la noticia no es ya el hecho sino la declaración. O lo que es lo mismo: las opiniones se convierten en hechos. Un caso paradigmático de las consecuencias negativas de este modo de proceder es el ocurrido tras las célebres declaraciones del senador McCarthy y su *caza de brujas*.

A pesar de que la literatura científica de nuestra disciplina ha considerado ése y otros casos similares como altamente perniciosos¹⁰; a pesar de que ese tipo de periodismo benefició, entre otros, a los terroristas¹¹; a pesar de haberse demostrado que, con esa manera de proceder, los periodistas se convierten en meros portavoces de los líderes sociales¹², no acaba de producirse un cambio real de ese tipo de práctica periodística.

La razón de esta inercia —no importa reiterarlo una vez más— estriba en el prejuicio positivista que, influido posteriormente por el determinismo histórico hegeliano, conduce, según Moreau a «una pasividad intelectual y moral, a una resignación ante todo lo que sucede. Los cambios más revolucionarios, registrados por las ciencias humanas, son considerados (...) como efectos inevitables de la evolución social, como *hechos de sociedad*, señales de civilización. Hay que abstenerse de pronunciar un juicio de valor sobre ellos; sería contrario al espíritu científico y al respeto debido a la libertad de opinión. Ya que el juicio moral, al escapar al criterio de verdad, no puede ser más que una *opinión*, ajena al *saber*; y entre las opiniones diversas no se puede hacer ninguna distinción de valor: se distinguen sólo por el porcentaje de adhesiones que recogen»¹³.

La utilización de este prejuicio por los abanderados del relativismo moral (cuya autodefinición es la de progresistas), ha llevado, por un lado a amordazar a gran parte de los que piensan que hay unas verdades antropológicas y éticas, bien calificándolos de dogmáticos, retrógrados e intransigentes si osan manifestar libremente sus razones, bien silenciándolos sistemáticamente¹⁴. Por otro, a manipular la opinión pública mediante el uso de la difusión de «cifras mágicas» —que por ser de difícil verificación en el momento, y haber sido puestas en boca de «instituciones de reconocido prestigio», se aceptan acríticamente— y el abuso de los sondeos de opinión¹⁵.

Una vez más el parangón y el diagnóstico de Joseph Moreau se revelan acertados: «es exacto decir que no hay hechos ni verdades, que sólo hay opiniones que se imponen por su presencia obsesionante, por la fascinación de las imágenes propuestas en multitud de pantallas»¹⁶.

El periodismo: saber y servicio

Ante este estado de cosas y en el supuesto de que aún a alguien le interese la verdad, cabría preguntarse: ¿dónde encontrar las claves que nos llevan a superar las deficiencias fundamentales de ese periodismo de la modernidad que ha conducido al reino de la opinión y, por tanto, a la desinformación, desorientación y manipulación de los ciudadanos?

A mi parecer, y junto a otros factores de otra índole, una clave básica es entender la información periodística como un *saber* y un *servicio*.

La consideración de la información periodística como un servicio ha recibido un tratamiento magistral en la última obra de Nieto¹⁷. También se han esbozado ya algunas de las dimensiones que constituyen ese saber¹⁸. Pero como ese saber comienza con el conocimiento cabal de la realidad, y como lo que ha conducido directamente al reino de la *doxa* ha sido la destrucción de la *episteme*¹⁹, convendría concretar algunas pautas gnoseológicas básicas:

1) Que los hechos en sí no «dicen» nada y, por tanto, que *in-formar* consiste en encontrar y explicar el sentido verdadero de cada realidad²⁰.

2) Que no todas las realidades tienen la misma dimensión y consistencia. Hay realidades de orden inmaterial, espiritual y trascendente que no pueden ser conocidas y explicadas con los mismos métodos y de idéntica manera que las realidades puramente físicas.

3) Que la opinión no es el estatuto ideal de la información²¹.

4) Que la verdad reside en el juicio y, por tanto, informar supone una concatenación de juicios. Juicios que no son «libres» en el sentido de la máxima decimonónica, porque dependen del ser de las cosas²².

5) Que uno de esos juicios alcanza a la relación de esa realidad con el hombre.

Como indica Chozza el significado de la representación imaginativo-objetiva de una manzana para el hombre es: «esto es en sí una manzana, una fruta, y para mí es comestible»²³.

Quizás estos planteamientos sean más difíciles de «digerir» que una manzana, debido al prejuicio positivista acumulado durante siglos. Sin embargo, me atrevo a opinar, a modo de conclusión, que hasta que la información periodística no sea «capaz de proporcionar cuenta razonada de los hechos humanos según los intereses fundamentales de los destinatarios»²⁴, no encontraremos el conocimiento cabal de la realidad que nos permita actuar en libertad y, entre otras concreciones, contribuir a la paz.

NOTAS

1. CHOZA, Jacinto. *Apuntes de Antropología Filosófica*, Pamplona, 1987, pp. 440-441.
2. Cfr. algunas de estas realizaciones en mi obra *Perfil histórico de la documentación en la prensa de información general (1845-1984)*, Pamplona, 1986, pp. 52 a 56; 76 a 87; y 101 a 107. Y las aportaciones teóricas en el epígrafe 1.3 del capítulo dedicado a las fuentes.
3. Cfr., especialmente, YARCE, Jorge (ed.), *Filosofía de la Comunicación*, Pamplona, 1987; y NIETO, Alfonso, *Cartas a un empresario de la información*, Pamplona, 1987.
4. Es especialmente significativa la descripción de las características de la información de actualidad que GARCÍA GUTIÉRREZ realiza en su obra *Documentación automatizada en los medios informativos*, Madrid, 1987, pp. 19-27. Cfr. también, WINSHIP, Thomas, «News that Must be Printed», *Nieman Reports*, vol. XLI, n.º 1, Spring 1987, pp. 21 a 23.
5. VOEGELIN, E., *Nueva ciencia de la política*, Madrid, 1968, pp. 19-20.
6. CHOZA, Jacinto: *op. cit.*, p. 408.
7. Lo que VOEGELIN (*op. cit.*, pp. 21-22) aplica a la ciencia puede ser predicado también del periodismo.
8. Los ejemplos de esta selección motivada por la propia ideología, y no por la importancia del acontecimiento y su interés para el lector, son abundantísimos. Por ser reciente v. en cierta medida.

paradigmático, exponemos uno de ellos. Como se sabe, durante los días 17 al 20 de septiembre se celebró en Madrid el X Congreso Internacional de la Familia. Inaugurado por la Reina de España, contó con la presencia y aportaciones de un Premio Nobel de la Paz, varios doctores *honoris causa* españoles y extranjeros, e, incluso, personajes famosos tales como una Miss Universo y el jugador de fútbol de moda en España. Asistieron varios miles de personas... Pues bien, para el diario *El País* no existió tal Congreso hasta que el último día intervino un político español, Secretario General del Consejo de Europa, y consideró que había que hacer una pequeña reseña de su intervención.

9. MOREAU, Joseph, «De la modernidad al reino de la doxa», *Anuario Filosófico*, vol. XIX, 1986, 2, pp. 69-70.
10. Una excelente síntesis de este caso histórico en GINER, J. A., «La crisis de credibilidad de los informadores», en *Periodismo y Ética*, Viña del Mar, 1985, p. 47.
11. Cfr., entre otros, CLUTTERBUCK, Richard, *Los medios de comunicación y la violencia política*, Pamplona, 1985.
12. Cfr., entre otros, el artículo citado de WINSHIP y el prólogo de J. DE BONVILLE al libro citado de GARCÍA GUTIÉRREZ.
13. MOREAU, Joseph, *op. cit.*, p. 69.
14. Se entiende, de esta manera, por qué *El País* no informó del Congreso de la Familia.
15. Un libro de reciente aparición en Francia (*La seconde revolution contraceptive. La regulation des naissances en France. 1950-1965*, París, 1987), demuestra que las cifras de abortos que los medios oficiales y oficiosos divulgaron fueron manipuladas con el propósito de conseguir los fines propuestos.
Respecto al abuso de los sondeos de opinión, ver el artículo de José Luis DADER, «La nimiedad del control democrático de las encuestas gubernamentales», en *Diario de Navarra*, 26-IX-1986, p. 27.
16. MOREAU, Joseph, art. cit., p. 70.
17. NIETO, Alfonso, *op. cit.*
18. Cfr. especialmente: BRAJNOVIC, Luka, *El ámbito científico de la información*, Pamplona, 1978; GARCÍA-NOBLEJAS, Juan José: «Información y conocimiento», en *Filosofía de la Comunicación*, *op. cit.*, pp. 111-149 y mi artículo: «Principios configuradores de la actividad documental periodística», *Documentación de las Ciencias de la Información*, IX, Madrid, 1985, pp. 249-265.
19. VOEGELIN, E., *op. cit.*, p. 25.
20. Cfr. MARTÍNEZ THIEM, Carlos: «El mito como fuente informativa: algunas consideraciones sobre el contenido de los medios y su control», en *Periodismo y Ética*, p. 190.
21. GARCÍA-NOBLEJAS, Juan José, *loc. cit.*, p. 114.

22. Cfr. MARTÍN ALGARRA, Manuel: «Información, conocimiento y libertad», en *Información y Derechos Humanos*. Pamplona, 1987, pp. 203-206.
23. CHOZA, Jacinto, *op. cit.*, p. 418.
24. GARCÍA-NOBLEJAS, Juan José, *loc. cit.*, p. 148.